

TRES CRUCES

J. Roberto Iglesias

*“Pero el viajero que huye
tarde o temprano detiene su andar...”*

- Tenemos que huir – dijo Toño, exhausto. Y la Tierra, indiferente, dio una vuelta completa sobre su eje.

- Es mejor separarnos – dije. Y nunca más lo vi.

Ya en la estación de ferrocarril traté de tomar el primer tren. Fue imposible. Estaban en plena ceremonia inaugural, con intendentes, bandas de la policía y asientos reservados. Tuve que esperar el segundo, que salió con algunas horas de atraso. Yo llevaba una valija marrón, rectangular, y con los vértices cromados.

A las tres de la mañana el guarda se acercó al asiento donde yo dormitaba.

- Baje aquí – dijo - tenemos que volver a la ciudad.

El vagón estaba vacío y mi primera impresión fue que el tren no había salido de la estación.

- ¿Es muy urgente? – pregunté, somnoliento.

- Indispensable, si no queremos chocar de frente al regresar.

- Volveré con ustedes – propuse.

- Imposible – me contestó. – Usted tiene solamente pasaje de ida.

- Compraré el de vuelta – le dije.

- La boletería está cerrada – replicó – y aparte hay que comprarlo con tres meses de antecedencia.

- *Merde alors* – comenté, y bajé con mi valija. – ¿Qué estación es esta? – pregunté al guarda, que ya cerraba la puerta.

- Ni idea – me dijo – pero está a la orilla del mar.

Y en pocos segundos la luz roja del furgón desapareció entre las dunas.

La estación era una cabaña de madera iluminada por una única lámpara de querosene. Apenas el tren desapareció diecisiete obreros empezaron a levantar las vías.

- Y mañana – ordenó el jefe de estación – me colocan los rieles tres metros más al este. ¿O piensan atravesar nuevamente el palacio de la condesa Duncan?

En ese momento aparecieron catorce changadores ofreciéndome un hotel. Elegí uno al azar. – Hay un solo hotel en el pueblo – me informó un peón, quien aprovechó para confidenciarme que la condesa Duncan era la amante del jefe de estación.

El pueblo se llamaba Tres Cruces, y había sido fundado por un grupo de monjas heréticas que huía del Santo Oficio, en 1697. Lo bautizaron con ese nombre porque una de las novicias, preñe, cantaba siempre: “Están clavadas dos cruces, en el cerro del olvido....”

Los peones cubrían los rieles de acero con lona impermeable. – Lluve mucho por estos pagos – me informó el capataz. E inmediatamente un chaparrón se abatió sobre la ciudad. Me saqué los anteojos oscuros y me di cuenta de que eran las cinco en punto de la tarde.

El hotel no quedaba realmente en el pueblo, sino en un camino secundario. El taxista que me llevó dio muchas vueltas y se quedó con mis últimos pesos. Como no paraba de llover no me saqué el impermeable.

Las tablas del piso del hotel se quejaron bajo el peso de la valija.

- No puede llevarla a la habitación – me informó el propietario – el ascensor no resiste tanta carga.

Miré a mi alrededor y no vi ningún ascensor en el edificio de madera. Le comenté ese detalle al propietario.

- Usted acaba de llegar – me dijo – y yo trabajo aquí hace veinte años. ¿No le parece que conozco un poco más los alrededores?

Y me entregó la llave del ascensor junto con la del cuarto.



Antes de entrar en mi habitación percibí, por una ventana del corredor, un automóvil parado en el patio.

Después de bañarme bajé a vestirme, ya que toda mi ropa estaba en la valija.

- ¡Válgame Dios! – se quejó el viejo – guardé su equipaje en el sótano.

Y bajó a buscarlo. Desde la puerta abierta sobre la escalera brotaron extraños quejidos. Pero yo había descubierto una muchacha rubia que leía junto a la chimenea. Era ella la dueña del auto.

Me acerqué al fuego porque estaba mojado y con frío, la toalla también había quedado en la valija.

La dama rubia levantó los ojos de su lectura. – Parece usted cansado – dijo, y levantó la manga de su vestido negro. En el antebrazo tenía una tetilla. – Beba – ofreció, estirando la mano.

Me arrodillé a su lado. – Joven señora – le dije- no me parece el lugar más común para un pezón, casi todas las mujeres que he conocido los tienen aquí – y le mostré donde todas acostumbran tenerlos.

- También tengo allí – dijo la joven dama rubia – pero beba.

Bebí y el cansancio desapareció. Ella también parecía haber rejuvenecido.

- Jovencísima señora, se secó – le dije, cuando el líquido acabó.

Ella miró su brazo, y desabotonó rápidamente los pequeños botones que brillaban bajo su garganta sutil. Sin esfuerzo extrajo un seno muy blanco. Yo continué bebiendo. Ella me acarició la cabeza y yo apreté los dientes. El pecho sangró.

- ¡Que modales! – se quejó ella

Y yo me dormí.



Al día siguiente llovió. Prendí la radio que estaba en la mesa de luz. Transmitía un noticioso en inglés.

Me pregunté si la ventana del cuarto daba para alguna calle. De hecho. Cuatro caminos embarrados rodeaban el hotel. Surcos de neumáticos y marcas de herraduras de caballo estaban llenos de un agua oscura, mientras la superficie era perforada por las gotas de lluvia. A la derecha del hotel había un gallinero, o algo parecido. A la izquierda tres batientes oscilaban con el viento, golpeando la pared. Alrededor de la vieja casona se extendía una vasta planicie de barro, charcos y ciénagas, que terminaba en un horizonte de nubes. Una ráfaga de agua golpeó los vidrios y yo me fui a proteger en un confortable sillón que me esperaba en el medio del aposento.

El viejo entró a las nueve con el diario.

- ¿Se va a quedar aquí mucho tiempo? – inquirió.

- Hasta que amaine la tempestad – respondí. Le había tomado el gusto al verbo *amainar* en la época en que leía novelas de piratas.

- Aquí las tormentas duran semanas – dijo, riéndose, la muchacha rubia, mientras tomábamos café. – Estamos en la estación de las brujas.

- Yo miré sus pechos, ahora escondidos por una blusa tenue, y sentí una excitación que creía haber olvidado durante la huída.

- Ella colocó una mano sobre mi vientre.

- Joven caballero – dijo – bebió usted mucho ayer a la noche. Prácticamente me secó. ¿No le parece correcto devolverme por lo menos una parte?

- Sus piernas eran bellas, y las más lisas que yo había jamás visto. Las veía encuadradas por el cielo gris de la ventana. Parecía pintada. La ventana. Un suave vello rubio, como sus cabellos, nacía cerca de la pelvis.

- ¿Quieres beber? – preguntó, saciada.

- No, gracias – le dije – no quiero marchitar senos tan hermosos.

Ella miró por la ventana. – Podría salir ahora – dijo – puedo volar. – Pero es muy peligroso, hay vampiros – agregó. Y me besó.

Me di cuenta de que la amaba.



La dama era una bruja: esa noche ella salió y yo me quedé solo, leyendo su libro: “La Escoba”. No era un libro sobre juegos, sino sobre las técnicas para volar sobre ese inocente instrumento doméstico. Las maniobras eran más o menos complicadas y todo dependía, como en el esquí, de una buena cera.

Volvió más joven todavía, casi una adolescente.

Vestía una ropa negra.

- El dueño del hotel es un vampiro – dijo, mientras apoyaba su escoba en la chimenea – lo vi, pero no te preocupes, ataca a los corderos. Se paró delante del fuego, sacudiendo la nieve del cabello. Apoyé mis manos sobre sus hombros. El vestido negro era de seda. Y estaba helado.

Me dio de beber antes de ir a dormir.

Al día siguiente volvió a llover. Y al otro. Y al otro.

Esa mañana la bruja me trajo el desayuno. Un chacarero colérico había herido al viejo con su escopeta.

- ¿Perdió mucha sangre? – pregunté.

Ella rió tanto que derramó el café. – No tiene sangre – dijo, y me acarició el vientre.

Comí una tostada, preguntándome cual sería el origen de la leche del café con leche.

- Es de vaca, *my lord* – dijo ella, que leía los pensamientos. – Yo, sólo de noche.

Levantó su falda plisada y se sentó sobre mi abdomen, mirándome fijamente. Su pelo largo me hizo cosquillas en las piernas.

- Yo no debo satisfacerla, mi joven señora – dije – leí en su libro que puede colocarse la escoba allí mismo y hacerla salir por la boca.

- Usted es realmente un pavo – me dijo – Primero porque la escoba, aunque vuela, es de madera. Segundo porque lo bueno es lo que entra en la boca del hombre, y no lo que de ella sale, como dice el libro.

Nos quedamos en la cama toda la tarde y toda la noche.

Al amanecer del día siguiente fue sábado. El cielo se puso todavía más oscuro y llovió torrencialmente.

- Mi señor – dijo al despertar – esta noche tenemos *sabath*, y usted vendrá conmigo.

Nada me gustaba más que despertar sintiendo sus pechos calientes en mis espaldas. Me sentí alegre a pesar del cielo oscuro y lúgubre.

- Quiero estimular la envidia de las viejas brujas – me dijo.

A la tarde jugamos ajedrez junto al hogar.

- Jaque al rey – dije.

- Cuénteme su infancia – dijo ella.

- Jaque – insistí.

- Escuche, pequeño Edipo – dijo ella – este es mi juego y por lo tanto tiene que capturar a la reina.

- Nada de interesante – repliqué resignado, (ella calentaba agua en las brasas).

- A los tres años perdí un diente, a los cuatro las amígdalas, a los cinco mi primo mayor usaba mi bicicleta, a los seis me enamoré de una compañera de escuela que tenía doce, a los siete tuve mi primera erección, a los once le toque una teta a una compañera de escuela.

- ¿La misma?

- No, otra, la de doce no estaba más en la escuela.

- ¿Y cuál? ¿Esta? – dijo, guiando mi mano hacia su pecho.

- ¿No tienes frío a la noche únicamente con ese vestido de seda?

- Si – dijo ella, y por primera vez parecía cansada. Apoyó su cabeza en mi pecho.

- Mi madre – contó – me lanzó a las aguas, mi padre se ahogó tratando rescatarme. Unos pescadores me recogieron. Pero ya era tarde. Estaba muerta.

Me asusté.

- Hombre de poca Fe – me dijo – ¿No cree en la resurrección después del tercer día?

Y llegó la noche.

- Ayúdame – me dijo. Y abotoné su vestido de seda negra.

Media hora después estábamos volando en su escoba.

- Alguna vez tienes que mostrarme como la usas – dije.

- Ya habrá tiempo – replicó.

Y fuimos al sabbath. Yo llegué con frío, por causa del vuelo. – A la vuelta te voy dar una lechita bien calentita – decía ella, y se reía.



La ceremonia fue muy aburrida. Conocidos directores y guionistas de cine hablaban sobre la mística de Fellini, inéditos literatos disertaban sobre la filosofía de Habermas, abogados presumidos teorizaban sobre la legalidad de esas reuniones y sobre el artículo catorce bis de la Constitución. Algunos pintores decadentes levitaban de puro éxtasis. Un músico quería conocer alguien que vendiese un legítimo doble A. – Usted debe saber – me dijo – tiene cara de virtuoso.

La señora rubia me rescató. – El es virtuoso sólo en mis instrumentos – le dijo.

Un camarógrafo filmaba la fiesta (¿fiesta?), y una dama de collar de perlas distribuía marihuana. Unos pocos leían los panfletos prohibidos de la semana. Finalmente sirvieron ginebra para los varones, y para las mujeres un ponche que la bruja mayor denominaba poción.

- Prefiero esto – dijo mi señora – y, de rodillas entre mis piernas, extrajo dulcemente su (mi) elixir.

Las otras hechiceras miraban entre escandalizadas y codiciosas.

Aquella fue una noche inolvidable. Ella me dio a beber de su otra tetilla secreta, y me regaló tres hierbas que eran, según dijo, para ser usadas en las horas difíciles.

El lunes continuaba lloviendo. El diario de la mañana informaba sobre un campamento guerrillero en los alrededores. Fueron encontradas armas checas, decía la noticia.

Por primera vez vi a mi joven dama preocupada. Y la muerte volvió a ser real.

Los días siguientes, mientras la lluvia golpeaba el techo de zinc, ella durmió conmigo, su cuerpo pegado al mío, sus manos apretando las mías. El viejo vampiro, recuperado de sus heridas, se vengaba ahora bebiendo sangre humano, de preferencia de hijas de chacareros.

El viernes llegó la gendarmería. Con tanquetas, agua bendita y lanza-llamas.

Pocos se salvaron, ni siquiera las brujas más viejas y ya sin dientes.

Mi dama rubia fue capturada. Le arrancaron la piel y, con el cuerpo cubierto de sal, la estaquearon al sol. (La lluvia había parado)

Me puse los anteojos oscuros mientras los buitres acortaban su agonía.

Nunca podré olvidar la Vía Láctea de sus pechos, ni la nieve en su pelo rubio, ni el vestido de seda negra.

Un barquero me ayudó a huir a Montevideo.